







Fiesta

Primera edición en REINO DE CORDELIA, febrero de 2023

Título original: *The Sun Also Rises* (1926)

Edición basada en la publicada por Granada Publishing, Ltd., Londres, 1985

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodecordelia.es



@reinodecordelia



facebook.com/reinodecordelia



<https://www.youtube.com/c/ReinodeCordeliaor>

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 5º pta. 24

28003 Madrid

 El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

Ilustraciones © Carlos Fernández del Castillo, 2023

Traducción de: © Susana Carral, 2023

Prólogo de: © Luis Enríquez, 2023

IBIC: WSJA | Thema: SFB

ISBN: 978-84-19124-39-5

Depósito legal: M-1324-2023

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Corrección de pruebas: María Robledano

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Fiesta

Ernest Hemingway

Ilustraciones de Carlos Fernández del Castillo

Traducción de Susana Carral

Prólogo Luis Enríquez



1920



J. CIGA

Índice



<i>Prólogo</i>	9
LIBRO I	19
Capítulo I	21
Capítulo II	27
Capítulo III	33
Capítulo IV	45
Capítulo V	55
Capítulo VI	63
Capítulo VII	75
LIBRO II	89
Capítulo VIII	91
Capítulo IX	103
Capítulo X	113
Capítulo XI	125
Capítulo XII	135
Capítulo XIII	149
Capítulo XIV	169





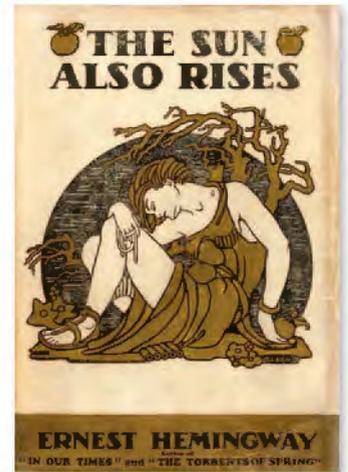
Capítulo XV	173
Capítulo XVI	191
Capítulo XVII	211
Capítulo XVIII	227
LIBRO III	247
Capítulo XIX	249



Prólogo

QUERIDO LECTOR, usted y yo sabemos que el principal motivo de que este libro haya terminado en sus manos es el magnetismo de su autor por encima del interés de su obra. Porque, admitámoslo, la vida de Hemingway, infantil y aguerrido, inseguro y fanfarrón, entrañable y colérico, un perfecto hijo de puta, que diría Garci, hoy en día inspira más libros que los suyos propios. Sí, ya sé, Premio Nobel. Aun así.

Los feligreses de «Papa», que así se hacía llamar, no van a estar de acuerdo, pero la personalidad del escritor quedó fielmente reflejada por Lilian Ross, miembro destacado de *La banda que escribía torcido* (Libros del KO), esa generación de jóvenes periodistas que, desde las páginas de *Esquire*, *New Yorker* o *New York Magazine*, desmelenaron el periodismo hasta crear uno nuevo, en su reportaje del 13 de mayo de 1950 «¿Qué tienen que decir ahora, caballeros?» (www.newyorker.com/magazine/1950/05/13/how-do-you-like-it-now-gentlemen). En él, Ross describe un hombre inseguro que tiene que dejar claro que conoce «*the ten dollar words*» (expresión que se refiere a palabras complicadas o rebuscadas) pero que, a diferencia de Faulkner, decide no usarlas en su prosa. Que siente la necesidad de citar a Stendhal, Flaubert, Baudelaire o Rimbaud para que su interlocutor no repare en su falta de



Cubierta de la primera edición de *Fiesta*.

educación universitaria. Amigo de Marlene Dietrich o Ingrid Bergman, desayuna, merienda y cena con champán, no tiene abrigo y levanta los brazos en guardia cada vez que hace una metáfora relacionada con el boxeo. Detesta Nueva York y a los admiradores que lo agobian, pero no



Cartel original de *Fiesta* (1957), de Henry King, con guion del propio Hemingway y Peter Viertel.

duda en dejar claro quién es ante los dependientes de Abercrombie. Esta entrevista-reportaje, una de las más famosas de la historia del periodismo, deja además una reflexión y un eslogan. Preguntado por su preocupación por sus últimos años y el destino de su alma, el escritor ruge: «¿Qué idiota querría salvar su alma? Es como quedarte con una propiedad que vas a perder. Procuras venderla antes lo más cara posible». Preguntado por cualquier otra cosa, ofrece un aforismo pugilístico que, en su momento, podría haber sustituido el *Nemo me impune lacessit* del castillo de Edimburgo: «Esquiva un directo, bloquea un gancho y contragolpea un *jab* con todo lo que tengas».

Una vez establecido el perfil del autor, es hora de conectar el prólogo con la obra. Para ello debemos retroceder a 1923. En ese año encontramos a

un joven Hemingway, herido en la Gran Guerra un poco por casualidad y que no sabía cómo sacar partido a esa involuntaria gesta, en los días en que *París era una fiesta* (Lumen), él se hacía escritor en la Place de Saint-Michel, estaba arropado por Gertrude Stein, Ezra Pound y su protector, Francis Scott Fitzgerald, y apenas tenía dinero para tomar dos cafés la misma tarde. En esa época, Picasso le mete en el cuerpo el veneno de las corridas de toros, que ya nunca se pudo sacar. Viaja a Madrid a visitar el Museo del Prado y se detiene en Pamplona, donde se inicia una de las historias de amor más bonitas de todos los tiempos: Hemingway, embajador universal y vitalicio de San Fermín; Pamplona, la más fiel de sus viudas en la exaltación de su memoria. Es entonces, borracho de arte, de valor, de luces, de percal

(sí, ya sé, es nailon), de pasodobles y, sí, de alcohol y fiesta, cuando escribe el libro que usted, querido lector, se dispone a leer.

Treinta años después de ese primer viaje, en otra de sus frecuentes visitas a España, Papa sufre otro flechazo y es otra vez en Pamplona. Antonio Ordóñez, figurón del toreo en aquel momento e hijo del Niño de la Palma (en quién está inspirado Pedro Romero, el torero de diecinueve años de *Fiesta*), recibe al escritor en su habitación del hotel Yoldi, después de una corrida, tumbado en la cama y apenas cubierto por una toalla. Desde ese momento, Hemingway ya tiene su torero. Es justo reconocer que las cartas estaban marcadas porque, tiempo atrás, fue el rival y cuñado de Ordóñez, Luis Miguel Dominguín, quien visitó al que después sería premio Nobel en Finca Vigía, su lugar al que regresar en Cuba. Dominguín, mucho más propenso que Ordóñez a la compañía de actrices, modelos y famosos, quiso



Vestidos de españoles en San Fermín, de izquierda a derecha, Eddie Albert, Errol Flynn, Mel Ferrer y Tyrone Power con Ava Gardner.

conocer al célebre Hemingway y, naturalmente, el interés era correspondido. Hablaron de toros, y el escritor, fanfarrón, se permitió dar consejos al diestro. Este se lo tomó con naturalidad y ahí terminó la visita. Tiempo después, Hemingway, lenguaraz, soltó en algún micrófono que había estado instruyendo a Dominguín, mejorando algunos aspectos de su técnica. Naturalmente, el que se definía a sí mismo como «el número uno» del escalafón, no podía consentir semejante desplante y lo negó categóricamente a la primera oportunidad que tuvo: «No tengo nada que aprender de él». Ahora que lo escribo, es exactamente la misma frase que en este 2022 me dijo otro número uno del escalafón en el hotel La Perla de Pamplona al preguntarle por un desafiante rival. Perdón por la digresión. El caso es que las declaraciones de Dominguín ofendieron al escritor de un modo irreparable y truncó su, por otro lado, improbable amistad. Así las cosas, el hallazgo de su nuevo torero no pudo resultar más conveniente.

La visita de Dominguín no fue la única vez que Hemingway quedó en evidencia en Finca Vigía. Peter Viertel, guionista de Hollywood al que conoció esquiando en Dolomitas, casado en segundas nupcias con Deborah Kerr y que acabaría adaptando para el cine *El viejo y el mar* y la propia *Fiesta*, tenía a John Houston como uno de sus *Amigos peligrosos* (Doubleday). Tanto Houston como Hemingway tenían recíproco interés en conocerse y Viertel arregló una visita a la casa del escritor en Cuba. Casi sin tiempo para presentaciones, el anfitrión, que sabía que Houston había sido boxeador profesional pero que estaba más de dos categorías por debajo en peso, desafió al director a hacer guantes en la pista de tenis. La intervención de Mary Welsh, la cuarta señora Hemingway, fue providencial para ahorrar a su marido una molienda, como decía Liebling al describir *La dulce ciencia* (Capitan Swing). El resto de la visita la pasaron pescando en el *Pilar* y recelando el uno del otro.

Al cabo de poco tiempo, Viertel acompañó a Hemingway a España y, como este último, enloqueció con las corridas de toros. La diferencia fue que el guionista, que conocía a Ava Gardner, con menos profundidad al principio, con un poco más después, fue introducido en su grupo de amigos de España entre los que estaba Dominguín. Más amigos peligrosos. Para terminar de cuadrar el círculo, es la propia Ava la protagonista de la



Ernest Hemingway y su primera mujer, Hadley Richardson, asisten en 1925, un año antes de la publicación de *Fiesta*, a una corrida en la plaza de toros de Pamplona.

adaptación al cine de *Fiesta*. Como ve, querido lector, todo va encajando. Viertel se olvidó de Hemingway y se dedicó a seguir a Dominguín por toda España como un miembro más de su cuadrilla.

Pasados dos años del estreno en Estados Unidos de la adaptación al cine de *Fiesta*, los dos cuñados, números uno y dos del escalafón (ordénense según preferencias), apenas se habían visto las caras en un mismo cartel, así que decidieron avivar la rivalidad en beneficio de la afición y se prestaron a compartir varios festejos en el año 59. En esto tuvo mucho que ver la petición que el padre y suegro de ambos les trasladó en forma de última voluntad. Hemingway, enviado por la revista *Life* como corresponsal para cubrir el acontecimiento, llegó a España sabiendo cuál sería la conclusión de su reportaje: éxito de Ordóñez. Solo tendría que esperar las suficientes tardes para poder reflejar su prejuicio. Ese *Verano peligroso* (Debolsillo) fue recogido en un reportaje que tenía una extensión acordada con la revista de

10.000 palabras y que acabó en 63.000. Es probable, querido lector, que todo esto sean solo *Historias del toreo que nunca le contaron* (El Paseo), pero creo que sin ellas no se entiende bien la dimensión del libro que va a leer dentro

de dos párrafos.

Además de esta euforia taurina, los últimos años de Hemingway, antes de que se volara la cabeza con una escopeta de caza, transcurrieron entre la casa de Cuba, el País Vasco francés, el esquí en Dolomitas, la caza de patos en Venecia y el Harry's Bar. Tuvo letargos creativos de los que despertó para cautivar a una belleza de dieciocho años llamada Adriana Ivancich, primero con



Volando junto a Antonio Ordóñez y Luis Miguel Dominguín durante el verano peligroso de 1959.

la controvertida *Al otro lado del río y entre los árboles* y después con *El viejo y el mar*, que le proporcionó el Nobel y saldó cuentas con Faulkner. En esos últimos años era un hombre dolorido y crepuscular, como un *Hemingway en otoño* (Hatari Books).

Terminamos con la espera. A partir de ahora, querido lector, déjese acompañar por jóvenes corresponsales y escritores, pobres como ratas, a través de las avenidas y los cafés del París de los años veinte. Puede que asista a algún combate de boxeo de forma aislada. Va a viajar en tren a Biarritz, en coche a Pamplona y en autobús a Burguete. Se va a hospedar en hoteles y en fondas. El jersey que le va a sobrar por la tarde puede que lo eche de menos por la noche. Irá de pesca, presenciará encierros, tardes de toros en San Fermín, entrará en la habitación del hotel de una figura del toreo mientras lo visten y acabará tomando algo en el bar del Palace en Madrid. Habrá música, baterías negros, ingleses perdidos, mujeres nobles o prostitutas, pero igualmente guapas, amigos cenizos, amores imposibles, la emoción propia de la iniciación en la fiesta de los toros y, sobre todo, mucho, mucho alcohol. ¿Le suena?

LUIS ENRÍQUEZ
20 de diciembre de 2022



Este libro es para Hadley y
para John Hadley Nicanor





Los personajes de este libro no reflejan a ninguna persona real

LIBRO I



THE NEW YORK TIMES GREAT EVENT
BOXING

FIGHT NIGHT

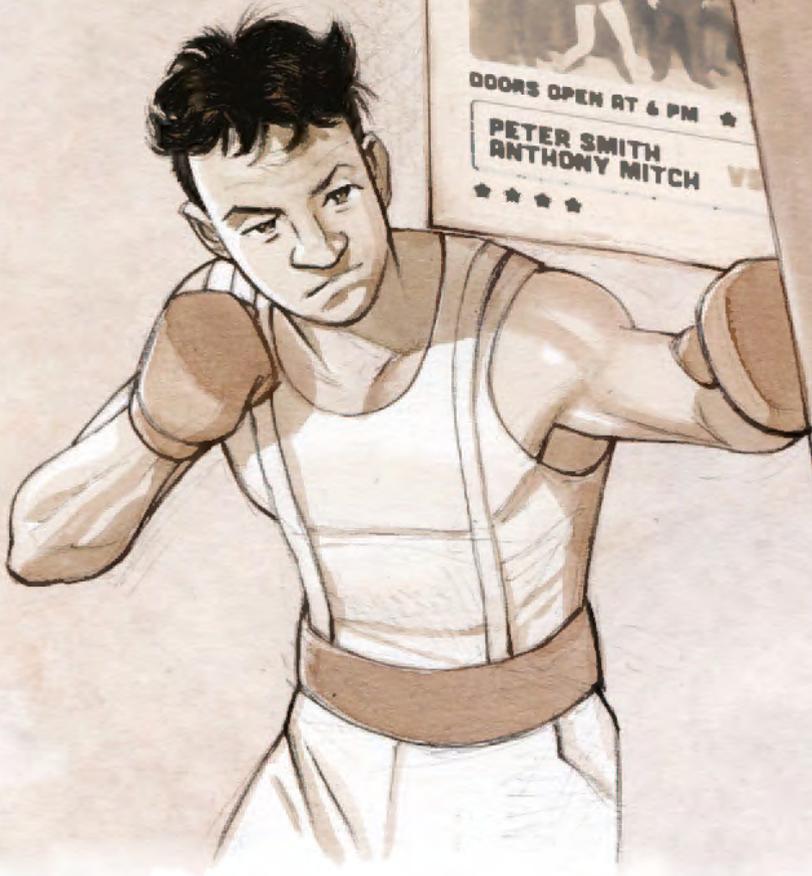
★★★★ ENERGY RICH



DOORS OPEN AT 6 PM ★

**PETER SMITH
ANTHONY MITCH**

★★★★



Capítulo I

ROBERT COHN HABÍA SIDO campeón de peso medio en Princeton. Que nadie crea que ese título de boxeo me impresiona en exceso, pero significaba mucho para Cohn. No le importaba el boxeo, de hecho le disgustaba, pero aprendió a boxear con mucho esfuerzo y a conciencia para contrarrestar la sensación de inferioridad y timidez que experimentaba cuando en Princeton lo trataban como a un judío. Sentía cierto consuelo interior al saber que podría derribar a cualquiera que se mostrase presuntuoso con él, aunque, con lo tímido y buen chico que era, solo peleaba en el gimnasio. Era el alumno estrella de Spider Kelly. Spider Kelly enseñaba a todos sus jóvenes caballeros a boxear como pesos pluma, ya pesaran cuarenta y siete kilos o noventa y tres. Pero a Cohn parecía irle bien. Era muy rápido. Era tan bueno que Spider no tardó en empezar a enfrentarlo a contrincantes superiores y consiguió que tuviese la nariz permanentemente aplastada. Eso hizo aumentar la aversión que Cohn sentía por el boxeo, aunque le provocaba cierta extraña satisfacción y, sin duda, mejoró su nariz. Durante su último año en Princeton leía demasiado y empezó a usar gafas. Nunca he conocido nadie de su clase que se acordara de él. Ni siquiera recordaban que había sido campeón de peso medio.

Desconfío de las personas sinceras y sencillas, sobre todo cuando sus historias tienen lógica y encajan, y siempre había sospechado que tal vez Robert Cohn nunca hubiese sido campeón de peso medio y que quizás un caballo le pisara la cara, o que su madre se hubiese asustado o visto algo raro o que de niño se tropezara contra algo. Por fin conseguí que alguien verificase la historia poniéndose en contacto con Spider Kelly. Spider Kelly no solo se acordaba de Cohn. A menudo se había preguntado qué habría sido de él.

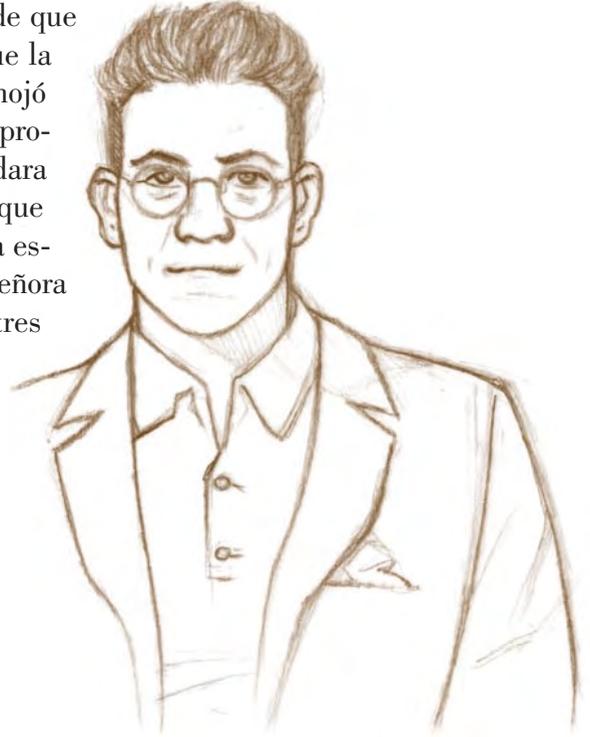
Por parte de padre, Robert Cohn pertenecía a una de las familias judías más ricas de Nueva York y, por la de su madre, a una de las más antiguas. En la academia militar en la que se preparó para entrar en Princeton, y en la que había jugado un muy buen papel de extremo en fútbol, nadie lo había hecho pararse a pensar en su raza. Nadie le había hecho sentir que era judío y, por ello, distinto a los demás, hasta que llegó a Princeton. Era un chico agradable, simpático y muy tímido, y eso lo amargó. Se desahogó boxeando, salió de Princeton con un doloroso sentido del ridículo y la nariz aplastada y se casó con la primera chica que lo trató bien. Estuvo casado cinco años, tuvo tres hijos, perdió la mayoría de los cincuenta mil dólares que su padre le había dejado, porque el resto de la herencia había sido para su madre, la infelicidad doméstica con su esposa rica lo moldeó de una forma muy poco atractiva y, justo cuando había decidido dejar a su mujer, ella lo dejó a él y se fugó con un pintor de miniaturas. Como llevaba meses pensando en abandonar a su esposa y no lo había hecho porque sería demasiado cruel privarla de su persona, la marcha de ella supuso una conmoción de lo más saludable.

Se llegó a un acuerdo de divorcio y Robert Cohn se fue a la Costa Oeste. En California empezó a codearse con gentes del mundo literario y, como aún le quedaba algo de los cincuenta mil dólares, al poco tiempo financiaba una revista de arte. La revista comenzó a publicarse en Carmel, California, y terminó en Provincetown, Massachusetts. Para entonces Cohn, al que habían considerado un auténtico ángel y cuyo nombre aparecía en la página de créditos como un simple miembro del comité de asesores, se había convertido en el único editor. El dinero era suyo y descubrió que le gustaba la autoridad de la edición. Cuando la revista resultó demasiado cara y tuvo que dejarla, lo lamentó.

Pero entonces ya tenía otras cosas de las que preocuparse. Se ocupaba de él una señora que esperaba ascender gracias a la revista. Era muy enérgica y Cohn nunca tuvo la más mínima posibilidad de que no lo metiese en cintura. Además, estaba seguro de que la amaba. Cuando esa señora vio que la revista no iba a salir adelante, se enojó con Cohn y decidió que sería mejor aprovechar lo que pudiese mientras quedara algo que aprovechar e insistió para que fuesen a Europa, donde Cohn podría escribir. Llegaron a Europa, donde la señora se había educado, y se quedaron tres años. El primero lo pasaron viajando y los dos últimos en París, donde Robert Cohn tenía dos amigos, Braddocks y yo. Braddocks era su amigo literario. Yo era su amigo para jugar al tenis.

Frances, la señora que lo dominaba, a finales de esos dos años descubrió que estaba perdiendo su atractivo y su actitud hacia Robert cambió y pasó de una posesión y una explotación descuidadas al total empecinamiento por casarse con él. Durante ese tiempo la madre de Robert le había concedido una asignación que rondaba los trescientos dólares al mes. Creo que en dos años y medio Robert Cohn no se fijó en otras mujeres. Era bastante feliz, salvo porque, como muchas otras personas que vivían en Europa, él habría preferido estar en Estados Unidos, y había descubierto la escritura. Escribió una novela, que no era tan mala como luego dijo la crítica, aunque resultaba pobre. Leía mucho, jugaba al *bridge* y al tenis y boxeaba en un gimnasio del barrio.

Fui consciente por primera vez de la actitud de esa señora hacia él una noche, después de que los tres cenáramos juntos. Cenamos en L'Avenue y



después fuimos al Café de Versailles. Tras el café tomamos varios aguardientes y yo dije que tenía que marcharme. Cohn había hablado de ir los dos de fin de semana a algún sitio. Quería salir de la ciudad y hacer una buena caminata. Yo sugerí que volásemos a Estrasburgo y subiésemos andando a Santa Odilia o algún otro lugar de Alsacia.

—Conozco a una chica que vive en Estrasburgo y que puede enseñarnos la ciudad —dije.

Alguien me dio una patada por debajo de la mesa. Creí que había sido casual y continué:

—Lleva allí dos años y lo sabe todo de la ciudad. Es una buena chica.

Recibí otra patada por debajo de la mesa y vi que Frances, la pareja de Robert, alzaba la barbilla y endurecía el gesto.

—Diablos —dije—, ¿y por qué ir a Estrasburgo? Podemos ir hasta Brujas o a las Ardenas.

Cohn pareció aliviado. No recibí más patadas. Les di las buenas noches y salí. Cohn dijo que quería comprar un periódico y que venía conmigo hasta la esquina.

—Por el amor de Dios, ¿por qué hablaste de esa chica de Estrasburgo? —preguntó—. ¿Es que no te fijaste en Frances?

—No, ¿por qué iba a hacerlo? ¿Qué demonios le importa a Frances que yo conozca a una chica estadounidense que vive en Estrasburgo?

—Eso da igual. Es cualquier chica. Ya no puedo ir y se acabó.

—No seas tonto.

—No conoces a Frances. Es por las chicas. ¿No has visto la cara que puso?

—Bueno, pues vamos a Senlis.

—No te enfades.

—No me enfado. Senlis está muy bien. Podemos alojarnos en el Grand Cerf, darnos una caminata por el bosque y volver a casa.

—Bien, de acuerdo.

—Pues nos vemos mañana en las pistas —le dije.

—Buenas noches, Jake.

Se dio la vuelta para regresar al café.

—Te olvidas del periódico —dije.



—Es verdad. —Vino conmigo hasta el quiosco de la esquina—. No estás enfadado, ¿verdad, Jake? —preguntó con el periódico en la mano.

—No, ¿por qué iba a estarlo?

—Nos vemos en el tenis —contestó.

Lo observé mientras regresaba hacia el café, sujetando el periódico. Me caía bien y, por lo visto, con ella no llevaba una buena vida.

Capítulo II

ESE INVIERNO ROBERT COHN se fue a Estados Unidos con su novela y logró que se la aceptara una editorial bastante buena. El viaje provocó una discusión espantosa que yo presencié y creo que Frances lo perdió debido a eso, porque en Nueva York varias mujeres fueron amables con él y cuando regresó estaba muy cambiado. Se mostraba más entusiasta de Estados Unidos que nunca y ya no era tan cándido ni tan amable. Los editores elogiaron mucho su novela y se le subió a la cabeza. Luego varias mujeres se tomaron la molestia de ser agradables con él y eso amplió sus horizontes. Durante cuatro años sus horizontes habían estado limitados por su esposa. Durante tres años, o casi tres, solo había tenido ojos para Frances. Estoy seguro de que nunca se había enamorado.

Se había casado despechado por el mal rato que le habían hecho pasar en Princeton y Frances se apropió de él cuando se sentía despechado por haber descubierto que no lo había sido todo para su primera mujer. Aún no estaba enamorado, pero fue consciente de que atraía a las mujeres y de que el hecho de que una mujer lo apreciara y quisiera vivir con él no era solo un milagro divino. Eso lo cambió y su trato dejó de ser tan agradable como antes. Además, apostando más de lo que podía permitirse en varias partidas de *bridge* con sus amistades de Nueva York, había aguantado el tipo y ganado varios cientos de dólares. Empezó a presumir de sus partidas de *bridge* y en varias ocasiones comentó que, en caso de necesidad, era posible vivir del juego.

Hubo una cosa más. Había estado leyendo a W. H. Hudson. Parece una ocupación inocente, pero Cohn había leído muchas veces *La tierra púrpura*. *La tierra púrpura* es un libro muy siniestro si se lee demasiado tarde. Relata las imaginarias y magníficas aventuras amorosas de un caballero inglés en una tierra sumamente romántica cuyo paisaje está muy bien descrito. Que un hombre de treinta y cuatro años lo adopte como guía de lo que la vida nos reserva es tan seguro como que alguien de la misma edad entre en Wall Street recién salido de un convento francés y equipado con una colección completa de los libros de Horatio Lager, más prácticos. Creo que Cohn se tomaba cada palabra de *La tierra púrpura* tan al pie de la letra como si fuese un informe mercantil y financiero de R. G. Dun. Mostraba algunas reservas, sí, pero en general le parecía un libro profundo y racional. Con eso bastaba para ponerlo en marcha. No comprendí el alcance de esa provocación hasta un día que apareció en mi despacho.

—Hola, Robert —dije—. ¿Has venido a animarme?

—¿Te apetece ir a Sudamérica, Jake? —preguntó.

—No.

—¿Por qué?

—No sé. Nunca he querido ir. Es demasiado caro. Además, en París puedes ver tantos sudamericanos como quieras.

—No son auténticos.

—Pues a mí me lo parecen.

Yo tenía que llegar al tren que enlazaba con el barco para enviar mi cuota semanal de artículos y solo había escrito la mitad.

—¿Sabes de algún escándalo?

—No.

—¿Ninguno de tus eminentes contactos se divorcia?

—No. Escucha, Jake, si me hago cargo de los gastos de los dos, ¿vendrás conmigo a Sudamérica?

—¿Por qué yo?

—Hablas español. Y será más divertido si vamos dos.

—No —contesté—. Me gusta esta ciudad y me voy a España en verano.

—Siempre he querido hacer un viaje como ese —dijo Cohn. Se sentó—. Seré demasiado viejo antes de conseguirlo.

—No seas tonto —contesté—. Puedes ir adonde quieras. Tienes dinero de sobra.

—Sí. Pero no consigo ponerme en marcha.

—Anímate —dije—. Todos los países son iguales que en las películas.

Pero me daba pena. Le había dado fuerte.

—No soporto pensar en lo rápido que se me va la vida y que en realidad no la estoy disfrutando.

—Nadie vive a fondo, salvo los toreros.

—Los toreros no me interesan. Llevan una vida anómala. Quiero ir al interior de Sudamérica. Podríamos pasarlo muy bien.

—¿Has pensado en ir de caza al África Oriental británica?

—No, no me gustaría.

—Allí sí que iría contigo.

—No. No me interesa.

—Porque nunca has leído un libro sobre ella. Léete un libro que esté lleno de aventuras amorosas con bellas princesas negras de piel reluciente.

—Quiero ir a Sudamérica.

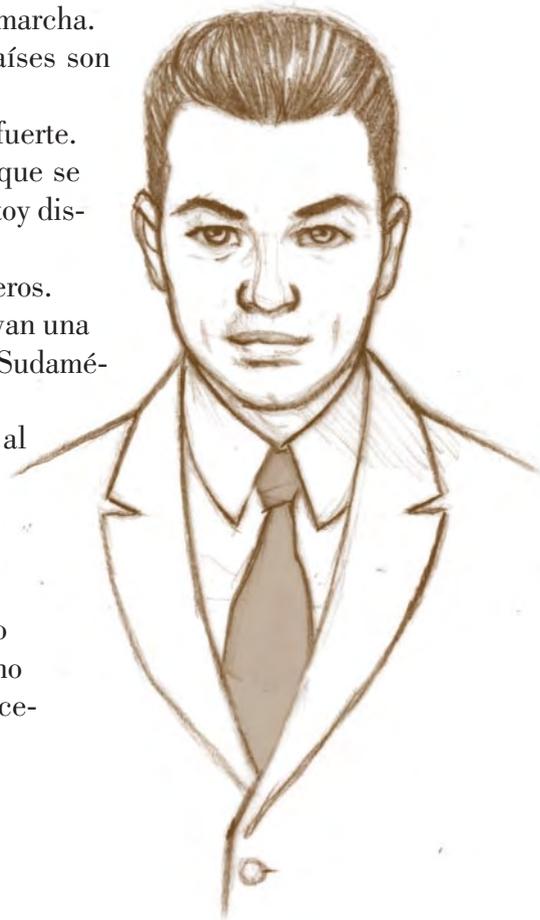
Tenía una vena terca, judía, firme.

—Bajemos a tomar una copa.

—¿No vas a trabajar?

—No.

Fuimos al café de la planta baja. Había descubierto que esa era la mejor forma de librarme de los amigos. Tras tomar una copa, bastaba con decir: «Bueno, tengo que volver para enviar unos telegramas», y estaba hecho. En el mundo del periodismo es muy importante encontrar salidas airosas como esa porque una parte fundamental de nuestra ética es que nunca parezca que trabajamos. El caso es que bajamos al bar y tomamos un whisky con soda. Cohn observó los botelleros que cubrían la pared.



—Me gusta este sitio —comentó.

—Hay mucho licor —convine yo.

—Mira, Jake —se inclinó sobre la barra—, ¿nunca tienes la impresión de que tu vida pasa de largo y no la aprovechas? ¿Te das cuenta de que ya has vivido la mitad del tiempo que te tocará vivir?

—Sí, de vez en cuando.

—¿Sabes que dentro de otros treinta y cinco años habremos muerto?

—No me fastidies, Robert —le dije—. No me fastidies.

—Hablo en serio.

—Es una de las cosas por las que no me preocupo —contesté.

—Pues deberías.

—Siempre he tenido mucho de lo que preocuparme. He decidido no preocuparme más.

—Yo quiero ir a Sudamérica.

—Mira, Robert, ir a otro país no cambia nada. Yo lo he probado todo. Mudándote de un sitio a otro no puedes huir de ti mismo. Es imposible.

—Pero nunca has estado en Sudamérica.

—¡Al infierno con Sudamérica! Si fueras tal y como te sientes ahora, sería lo mismo. Esta ciudad está bien. ¿Por qué no empiezas a disfrutar de la vida en París?

—Estoy harto de París y estoy harto del Barrio Latino.

—No vayas al Barrio Latino. Pasea por tu cuenta y a ver qué pasa.

—A mí nunca me pasa nada. Paseé solo una noche entera y no me pasó nada, salvo que un poli en bicicleta me paró y me pidió los papeles.

—¿Y no te gustó la ciudad de noche?

—París me da igual.

Ya estábamos otra vez. Me daba pena, pero no podía hacer nada al respecto porque en ese momento me enfrentaba a dos obcecaciones: Sudamérica podría cambiarlo todo y a él no le gustaba París. La primera idea la había sacado de un libro e imagino que la segunda tendría el mismo origen.

—Bueno —dije—, tengo que subir para enviar unos telegramas.

—¿De verdad tienes que irte?

—Sí, debo enviar esos telegramas.

—¿Te importa si subo contigo y me siento en algún rincón de la oficina?



—No, sube.

Se sentó en la sala de espera y leyó los periódicos. Yo le dediqué dos horas de duro trabajo a la *Editor and Publisher*. Luego ordené las copias a papel carbón, firmé los artículos, lo guardé todo en un par de sobres grandes de papel manila y llamé a un ordenanza para que los llevase a la estación Saint-Lazare. Salí a la salita de espera y allí estaba Robert Cohn, dormido en un sillón. Tenía la cabeza apoyada en los brazos. No me hacía gracia despertarlo, pero quería cerrar la oficina y largarme. Apoyé una mano en su hombro. Negó con la cabeza.

—No puedo hacerlo —dijo y hundió más la cabeza entre los brazos—. No puedo hacerlo. Nada me obligará a hacerlo.

—Robert —dije y lo sacudí por el hombro. Levantó la vista. Sonrió y pestañeó.

—¿He dicho algo en voz alta?

—Sí, algo. Pero no lo entendí.

—¡Qué sueño tan horrible!

—¿Te hizo dormir el ruido de la máquina de escribir?

—Eso creo. Esta noche no pegué ojo.

—¿Qué pasó?

—Estuvimos hablando —dijo.

Me lo imaginé. Tengo la mala costumbre de imaginar las escenas de alcoba de mis amigos. Nos fuimos al Café Napolitain a tomar un aperitivo y a observar a la muchedumbre que puebla el Boulevard St.-Germaine al atardecer.